

OBERTURA:  
LA OFERTA



## UNA CASA EN LAS AFUERAS

- 1 -

Surquear. En aquella época yo lo llamaba surquear.

Era un verbo extraño, de esos que surgen a medias entre una broma y un “en serio”. Mi exmujer se reía cada vez que le decía “tengo que salir a surquear” o, lo que era lo mismo, a dar paseos pensando en mi próximo libro hasta que de dar tantas vueltas quedara un surco en el suelo. Era una broma privada convertida en jerga de escritores. Ella se reía mucho. Al principio. Cuando aún sentía admiración por mí.

Las cosas cambian, todo en el universo está sujeto a los intrigantes vaivenes de la metamorfosis, y los matrimonios no son una excepción. Son pactos extraños que los humanos firmamos en hojas con sellos bonitos para que a los pocos años entren en una fase de pupa, como las orugas. ¿Qué surge cuando se rompe la crisálida? Aaahhh... el que se crea dueño y señor de la fórmula para averiguarlo se lleva el premio. Yo era de esos tristes románticos que pensaban que después de una larva siempre viene una mariposa, con alas radiantes, capaz de volar alto y enseñarle sus colores al mundo. Pero Consuelo me enseñó que de las orugas a veces lo único que sale son más orugas, y que estas no tienen colores. Y que tampoco pueden volar, porque en algún momento del pasado ese monstruo llamado Desesperación se les comió las alas.

(Este es el momento en que el escritor, frustrado porque esos primeros párrafos no satisfacen sus estándares, arranca el folio

de la máquina de escribir, hace un ovillo y lo tira a la papelera. ¿Os habéis fijado que en las películas siempre hay una papelera cerca, como si la cantidad de folios arrugados que hay a su alrededor midiese la calidad del manuscrito? Yo podría hacer lo mismo en este momento y dármelas de autor clásico, pero la única papelera que tengo a mano es la digital del Apple, y no me apetece volver a empezar desde el principio. Se queda así, y punto. Sin exabruptos.)

Pasear siempre me ayudó a escribir. Había una armonía entre el ritmo de mis pasos y la cadencia de los pensamientos en mi cerebro. Una vez, hará como diez siglos, cuando era joven y asistía a aquellos talleres literarios, le presenté a mi profesor una teoría que se me había ocurrido sobre el flujo de palabras en un papel. El tema de la clase era el ritmo literario, o cómo escribir párrafos y párrafos sin temor a que el resultado fuera un truño insoportable. Ni demasiado denso ni demasiado ligero, sino todo lo contrario. Le solté entonces mi superteoría, amparada en la emoción juvenil, que venía a decir algo así como que las palabras debían seguir el ritmo de la respiración. Una cadencia sincrónica: un, dos, un, dos, inspiración, espiración, ritmo, ritmo, verbo, adverbio...

Él soltó una carcajada, y me dijo que si a mí me funcionaba, adelante. Supongo que era una forma como cualquier otra de burlarse de las ideas de un chaval que sabía que nunca iba a llegar a nada, pero haciéndolo de una forma no tan descarada como para que me borrara de sus clases. Al fin y al cabo, los escritores frustrados no montan cursos literarios porque deseen transmitir filantrópicamente sus conocimientos, sino porque necesitan el dinero. Yo me callé, me sonrojé y pensé que era un idiota. Pero el tiempo me demostró que ese truco funcionaba. Y fue así como mis primeras novelas tomaron cuerpo, al estilo de los bailes latinos. ¿Con salsa y merengue? No, con ritmo.

Los surqueos acabaron llevándome por las sendas de la literatura de serie negra, esa de detectives y crímenes y la carroña de la que se alimentan los informativos. Sabía darle al público la

casquería que buscaba. Y ahí fue donde encontré mi tesoro: un éxito literario nada más empezar mi carrera, un quinto puesto entre los más vendidos del *Qué Leer*, y venga, a disfrutar. A hacer realidad tu sueño, chaval. Aunque no es que en España uno pueda vivir de esto; aquí, como le repetí millones de veces a mi exmujer y a su abogada, las cosas son distintas a como funcionan en Estados Unidos, o en otros países de Europa. Aquí no te ofrecen tres millones de euros por un contrato por tres novelas. Aquí te dan un premio que quedará muy bonito en tu chimenea, una palmadita en la espalda que quedará muy bonita en la foto, y un cheque miserable que quedará muy bonito cuando Hacienda se te eche encima como un buitre. Y a sinvivir.

Ahora, siete libros después, de los que ninguno se convirtió en *bestseller*, y otros dos premios más, que lo único que hacían era coger polvo en la vitrina, estaba a punto de encontrarme con otra de esas encrucijadas de la vida. Mis largos paseos surqueantes me habían llevado hasta otro salón lleno de gente trajeada, periodistas, canapés, cámaras de fotos. Un *photocall* con dibujitos del Corte Inglés y la FNAC. El logotipo de una editorial rodeado por logotipos más pequeños de los socios que ayudaban a sufragar el premio. Y mi agente que se me acercaba nadando como un tiburón entre la multitud (chan chan, chan chan, chan chan, fanfarria de John Williams) con una copa en la mano.

—Felicidades, campeón — me dijo —. Esto va a suponer un paso adelante en tu carrera, ya verás.

Lo miré con sorna. Sí, ese era yo, el especialista en pasos adelante: divorcios, peleas, malentendidos, cheques en blanco...

—¿Este también lo van a traducir al alemán? — pregunté sin muchas ganas.

—Y al francés. De ahí al mercado anglosajón solo hay un paso. Basta con que el libro sea un moderado éxito en Alemania y en sus países satélite para que otros mercados lo compren. Y lo será. Les encanta tu clase de casquería. Es muy... céltica.

—Menudo halago.

Me dio una palmada en la espalda (uno de tres, logrado; solo faltaban la estatuilla y el cheque y podría salir de allí corriendo).

— Venga, hombre, ánimo. Lamento mucho lo de Consuelo, pero tienes que admitir que se veía venir desde lejos.

— Pues tenía que tener las luces del tráfico en contra, porque no lo vi hasta que lo tuve encima.

Roberto, mi agente, frunció el ceño. Desde el punto de vista del transcurso de su tiempo interior, los hitos de mi vida se medían en novelas entregadas: mi matrimonio allá por los tiempos de *Balas de sangre*, los choques frontales contra las demandas del mundo editorial al ritmo de *Frío como el cobalto*, y el anuncio de mi primer divorcio con opción de darme a la bebida que trajo *Cuerpo insepulto*. Justo la novela por la que me estaban dando el premio. Los agentes literarios entendían la realidad así, como entregas de un serial barato.

— Tienes que mirar el lado bueno: ahora tienes más tiempo para escribir. Podrás dedicarte a tiempo completo como si fueras William Ashbless.

— William Ashbless es un escritor ficticio, Roberto. Lo crearon James Blaylock y Tim Powers.

— ¿Ah, sí? — Lanzó una carcajada —. ¡Pues menos mal que me lo has dicho! Y yo que pensaba buscar a su agente para hacerle una oferta...

Los invitados se paseaban aburridos por la sala, buscando a periodistas desocupados. Era la oportunidad de hablarles de sí mismos para que tuvieran algo con lo que distraerse aparte del dichoso Lorenzo Carvajal (yo). En lugar de un cuadro pastoral, aquella reunión parecía el *lunch* de una cámara de comercio. Siempre pensé que cuando metías a un montón de gente con sensibilidad artística en una misma habitación, el lugar tendría que oler a brumas otoñales con evocación de mazorcas de maíz y a conmovedoras marcas del polvo en el camino a lo Zora Hurston. Pero no, resulta que a lo que olía era a manibras mezquinas para ponerse en el centro de la foto y a temas sacados aparentemente por casualidad (“oh, ¿pero aún no te he hablado de mi novela?”).

Lo que más me gustaba era cómo me miraba aquella editora con el traje de lentejuelas. Era una cuarentona que se había autopublicado una novela en la colección que ella misma dirigía,

maniobra que la crítica había descalificado cruelmente. De su libro habían dicho cosas atroces, como que eran “las aventuras de una Barbie en la Zona Negativa”. Pero lo cierto es que estaba despampanante. Su escote era un alarido triunfal, y parecía que detrás del plano de su cara maquillada, al alcance de la mano, se escondiera una arpía seductora. O eso, o mi imaginación estaba volviendo a gastarme bromas pesadas.

No, seguro que no me miraba con *esa* intención, por mucho que a mí me gustase. Yo era el protagonista de la velada, pero ni así me veía capaz de llevarme al catre a una editora.

—Perdona, ¿qué decías? —murmuré, en un intento de repescar la conversación y huir de la caída de aquel escote.

—...Te digo que lo que necesitas es olvidar lo que ha pasado en los últimos meses y concentrarte en trabajar. Tienes que hacer como los escritores de las novelas góticas, que se retiran a una mansión en las afueras y empieza a pasarles de todo. Y lo que sale de allí es una obra maestra.

—Para eso hace falta dinero, Roberto. Stephen King lo hace porque gana varios millones al año, o al mes, vete tú a saber. Yo soy un escritor español, es decir, un muerto de hambre que no tiene donde caerse muerto, ni mansiones victorianas a las que retirarse para escribir. Y menos después de que mi exmujer se quedara con todo el universo. ¿Con quién te crees que estás hablando?

Él sonrió. Medio arco de luna sobre el horizonte de su copa de champán.

—Quizá podría ayudarte con eso —dijo en tono confidencial—. Resulta que tengo un conocido que vive en la sierra de Grazalema, cerca del Endrinal. Un sitio precioso, rodeado de bosque por todos lados, arroyos, pinsapos y esas cosas que os inspiran a los artistas. Tiene una casa grande que solo habita durante unos meses al año. El resto del tiempo tiene que abandonarla por problemas de salud.

—¿Mordidas de serpientes?

—Humedades. Demasiado para sus huesos.

Lo miré de soslayo.

—¿Por qué me lo cuentas?

— Porque sería una oportunidad perfecta para ti, para que hagas por una vez en tu vida de “escritor contratado” y te retires a parir tu próximo *bestseller*. Te lo estoy ofreciendo en bandeja: este conocido mío alquila su mansión durante seis meses, de otoño a primavera, y, dado su emplazamiento y sus características, lo hace por un precio asombrosamente barato. Ridículo, sería la palabra correcta. Podrías meterte allí de inquilino y nadie te molestaría. Seríais tú y tu mundo interior.

» Además, admítelo: necesitas olvidar a Consuelo. Su fantasma te está carcomiendo el cerebro. O la dejas atrás de una vez o siempre estará ahí, al acecho, robándote los folios del carro.

— Pero si escribo con procesador de textos...

— Da igual. Te robará el puntero del ratón y no podrás arrancar el programa. Triste final para tu carrera de estrella. Lo que tienes que hacer es parir un ladrillo de los buenos: el Tochonomicón.

— El Tochonomicón — repetí, incrédulo.

— Algo así como setecientas páginas muy macabras y llenas de tensión. Hoy en día la literatura se vende al peso.

No me gustaba el cariz que estaba tomando aquello. Conocía lo suficiente a Roberto como para verle preparar sus trampas de antemano: situaba los cebos en los lugares convenientes y lo regaba todo con una buena dosis de sonrisas de vendedor. Era como esos zorros que preparan el terreno antes de que su presa pase por allí para cortarle todas las salidas antes de que la pobre víctima sepa que está siendo cazada. Se lo había visto hacer con otros de sus representados... y qué carajo, a mí también me había embaucado unas cuantas veces.

Por eso saqué el pie del lazo.

— Tú sabes algo que no me has contado todavía.

Su cara se convirtió en una gran sonrisa. Tanto deformó la boca al abrirla que hasta me dio miedo.

— Me has pillado. Random House nos ofrece cien mil por tu siguiente libro. Teniendo en cuenta cómo está el patio, es un chollo.

— ¡Cien mil! — aluciné —. Pues sí. Como dirían Les Luthiers — puse voz de anciano de tribu africana —: “es una verdadera Ganga”.



—No son los tres millones de Stephen King, pero creo que podemos conformarnos. Gástate parte del dinero, cómprate un coche nuevo que sustituya la tartana que tienes, ese escarabajo del año de la Reconquista, y vete a la mansión. La soledad de los meses de invierno te inspirará la mejor novela que hayas parido nunca. Te olvidarás para siempre de tu mujer, y me harás colateralmente feliz a mí también.

—No es una tartana. Es un coche clásico.

—Lo que tú digas. Mira, la tía de las tetas grandes te está mirando otra vez, y eso que eres más feo que pegarle a un padre. Son los efluvios del dinero, chaval. Aprovechalos mientras duren.

Señaló a la editora-autora de la sonrisa bonita y el canalillo estratosférico. Sí, me estaba sonriendo. Al menos las sonrisas se disparaban en mi dirección. Tuve uno de esos sueños adolescentes momentáneos, una fantasía anclada al subidón de adrenalina, que consistía en ella-y-yo en mi habitación de hotel, ella-y-yo quitándonos mutuamente nuestras camisas, ella-y-yo susurrándonos cosas picantes al oído...

Tuve que serenarme. La última vez que me había tomado la medicación fue nada más bajar del AVE, pero de eso hacía ya once horas. Los subidones de adrenalina disparaban procesos en mi cabeza de los que mi psiquiatra renegaba como si fueran engendros de Satanás. Era mejor no fomentar ese tipo de ataques, o ni siquiera la olanzapina<sup>1</sup> me serviría de nada.

Creo recordar que tomé unas cuantas copas con ella a lo largo de la fiesta. Y que en algún momento le di mi palabra al pesado de Roberto de que sí, que llamaría a su amigo o a su cuñado o a quien me pudiera poner en contacto con la mansión que se alquilaba en la sierra. No recuerdo nada más, el resto es un puzle difuminado de imágenes, lo que da una idea de cómo acabó aquella fiesta. El olor a bruma otoñal se transformó en buqué de vinos, y las mazorcas de maíz, en canapés de anchoas y aceitunas.

Debería haberme tomado mis pastillas.

---

<sup>1</sup> Antipsicótico recetado en el tratamiento de la esquizofrenia.

## 2

Me metí en el papel de escritor famoso el siguiente jueves. Ni yo me lo creía al cien por cien; todo era demasiado raro y demasiado repentino, pero la verdad es que me gustaba. La sensación era agradable, aunque en el fondo todo acabara resultando una comedia si los planes no salían como estaba previsto (y en el mundo editorial, los reveses de última hora ganan el juego por cien a uno a los que salen al dedillo). Me serviría, además, para olvidarme de los vaivenes del divorcio y del caos que se había apoderado de mi vida durante el último año.

A vivir que son dos días. Saqué marcha atrás el escarabajo del garaje y lo llevé hasta la calzada. Me salté (solo por medio segundo) el semáforo, y enfilé la Nacional rumbo a las montañas.

Me sentí un poco Jack Torrance saliendo por última vez de su casa de la ciudad, con su familia a cuestas, para irse a donde el diablo perdió los calzones a vigilar un hotel abandonado. Al fin y al cabo, los dos conducíamos un Volkswagen escarabajo de los antiguos, aunque el mío fuese rojo y el suyo, amarillo. La única familia que yo arrastraba a mi insólito viaje era un gato, y no una mujer y un niño pequeño. Pero el castrado Lord Sidious me miraba con una cara como si estuviera igual de loco que el protagonista de la película de Kubrick. Cada vez que me paraba en un semáforo y echaba una mirada al interior de su gatera, veía aquellos ojos planos y desprovistos de emoción, con ese corte a tijera justo en medio. Y me sentía mal por obligarle a cambiar de casa.

Qué demonios, todos necesitamos un cambio de vez en cuando o nos anquilosamos. Y hablo de un anquilosamiento neuronal, no muscular.

Estando el motor en la parte de atrás, el maletero con forma de plátano del coche no daba para meter muchas cosas. Ese era el único fallo de diseño que habían cometido los alemanes, en mi modesta opinión. Por lo demás era una maravilla de la ingeniería que, a pesar de ser analógica y funcionar a base de correas, seguía moviéndose cincuenta años después. Se lo había

comprado de segunda mano a un familiar lejano, y confieso que le miré con expresión adusta cuando me dijo que, cambiándole cada diez años las correas y limpiando de grasa el motor, el trasto se seguiría moviendo. Al principio no me lo creía, había un aire como de estafa solapada en el ambiente, pero con el tiempo comprobé que era cierto. Qué lástima que aquellos ingenieros que lo diseñaron, en su época, estuvieran trabajando para un país enfermo de ideologías dementes. En fin.

Si hubiera tenido la banda sonora de la película de Kubrick, la habría puesto de fondo mientras salía de la ciudad y me adentraba en el parque natural de la Sierra de Grazalema. El paisaje era hermoso, pero no rezumaba ese aire a naturaleza salvaje y grandiosa de las Rocosas. Aun así, hubo unos cuantos paisajes que me robaron el aliento.

La sierra de Líbar era una maravilla; adentrarme entre los pinares para perderme en las zigzagueantes carreteras, rumbo al centro del parque, fue de lo más impactante que he hecho en mi vida. Las dolinas y las cuevas se enseñoreaban de los macizos de roca caliza, mientras los matices calcáreos de ciertos saltos de agua me hacían pensar en cuando allí vivían hombres de la cavernas, sus manos manchadas de sangre tras decorar con pinturas rupestres sus cotos de caza, sin saber que miles de años después un nieto archilejano estaría pensando en ellos.

Había pocos elementos en aquel cuadro. Mi coche, un punto rojo a vista de pájaro que de vez en cuando aparecía entre las copas de los árboles. Y el silencio, pues desde la altura a la que estaría espiándome el águila de mi imaginación no se oiría el ronroneo a cacharra vieja de mi motor. Solo se vería un huevo rojo que se desplazaba lentamente, con el temor del conductor que pisa por vez primera una autovía y no la conoce. Todo lo demás a su alrededor... naturaleza.

Sentí alivio al comprobar que el paraje no estaba tan despojado como aquel al que se tuvo que enfrentar Torrance. Alivio y cierta decepción, la verdad, pues por unas horas me había entretenido imaginándome a mí mismo como una especie de ermitaño, alejado mil kilómetros de la civilización y viviendo a expensas de los sustos que quisiera darme el bosque. Por

fortuna (y sí, tenía que admitir que era una suerte, porque un tipo tan debilucho como yo no está hecho para la soledad extrema), había una población cerca.

Dejé que el mago de la velocidad y el tiempo del siglo XXI, don GPS, me guiara hasta la mansión del amigo de Roberto. Me alegró ver que quedaba a poca distancia de un pueblo llamado Benamahoma. Era una pedanía de Grazalema de apenas seiscientos habitantes, que tenía ese aire a pueblecito del interior de casas blancas y techos rojizos, intocados por el tiempo, que me garantizaría unos cuantos atardeceres preciosos. Y unas cuantas conversaciones enriquecedoras con gente mayor. Conversaciones de las que luego extraería mil detalles con los que decorar la novela.

Sentía el culo aplanado tras tantas horas de coche, por lo que decidí parar en una cafetería que tenía un pequeño aparcamiento por fuera, para bajarme y estirar las piernas. Según el mago de la velocidad y el tiempo, la mansión estaba al final de un camino forestal a menos de cinco minutos de allí, así que prácticamente había llegado. Cuando intenté buscarla en Google Earth, y esto me resultó extraño, no pude verla: el inicio del camino aparecía en la foto, pero luego era engullido por la vegetación y no volvía a aparecer nunca. De la casa no había ni rastro, solo las ondulantes copas de los pinos y los abetos. Eso me extrañó, como si el embrujo de aquel lugar pudiera burlar los hechizos tecnológicos del siglo XXI.

Bah, pensé. Si Roberto decía que la casa estaba allí, es que estaría. Unos pocos árboles mal fotografiados el día que pasó el satélite no iban a dejarlo por mentiroso.

Otra cosa que me gustaba de aquella mansión es que tenía nombre, al más puro estilo de las villas clásicas. El día anterior a mi partida me molesté en buscar información sobre ella en internet, pero no encontré nada, ni el más mínimo bit. Sabía que se llamaba Villa Rosa porque me lo había dicho Roberto, pero nada más. Su propietario, un bisnieto del constructor llamado Fermín Perón (sin conexión aparente con el famoso Juan Domingo; seguro que al pobre lo habrían machacado miles de veces con el chiste), no la tenía colocada en ninguna agencia de

alquileres. Los arrendamientos los hacía él, de su puño y letra, y sin publicidad.

La casa tenía nombre, como las villas de los caciques de antaño, y eso me gustaba. Me hacía valorarla como una persona, o un ente con capacidad de pensar, más que como un objeto inanimado.

Villa Rosa.

La Taberna de Doña Hermigia. Ese era el lugar, y el sabor que llevaba aparejado. Saqué al pobre Lord Sidious del coche para que respirara un aire distinto, aunque no le abrí la puertecita de la gatera. El pobre se ponía histérico cuando llevaba mucho tiempo allí dentro, y su primera reacción sería salir disparado como un proyectil peludo. El problema era que si eso sucedía en el local de doña Hermigia, íbamos a tener un problema. Así que le pedí paciencia, usando la forma de hablar que el ser humano emplea con los gatos:

—Bsbsbsbs, tranquilo. Llegaremos pronto, amigo mío. Y te prometo que te estará esperando un lugar enorme donde jugar y un buen plato de atún. Solo para ti. Cien ratones de campo.

Como si me hubiera entendido, el gato suspiró y volvió a acurrucarse en torno a su cola.

En el aparcamiento había coches muy modernos, monovolúmenes y cosas así, lo cual dejaba claro que una cosa era el aspecto arcaico del pueblecito, y otra, el nivel de vida de sus habitantes. Esa era una de las paradojas de la vida moderna: uno podía vivir en una casa solariega con aspecto de pertenecer al abuelo de Heidi, pero por dentro podías tener decoración de las últimas escuelas francesas y una tele de cincuenta pulgadas. Supongo que habría de todo, pero en aquel momento presentí que las conversaciones no iban a aportarme tantos detalles costumbristas como esperaba. Seguro que iba a poder sacar más sobre el último partido de liga y los matices del amor terapéutico de Jesús que cosas “con chicha”.

¿Qué escritor no se ha visto en esta tesitura? Una vez, uno al que yo admiraba iba a empezar a trabajar en una novela cuyos

protagonistas serían policías de carretera, un mundo que desconocía por completo. Estuvo conviviendo con ellos durante un mes, en su cuartelillo, intentando empaparse de las rutinas de esa profesión. Tomó miles de apuntes... y al final lo único que usó en la novela fue una anécdota que le contó uno de los agentes, sobre su manera de apostar haciendo una porra con una taza de porcelana y los números de placa de sus compañeros. La literatura es así.

El interior de la taberna me sorprendió porque retenía un cierto sabor añejo. Podría ser por los alicatados de las paredes, o por el hierro forjado del esqueleto de las sillas, pero mi olfato me dijo que allí había algo. Un *feeling*. Habría que escarbar hondo para sacarlo a la luz, pero en aquel negocio quedaba todavía algo de esos decorados más propios de México a los que recurrían las películas americanas cuando querían representar a España: bodegas con aspecto de lagar, con gitanos tocando guitarras y folclóricas bailando flamenco en una esquina, y autobuses con cerdos en el techo.

Me arrimé a la barra. El camarero, un hombre con el aspecto cansado de los que tienen dos trabajos, me saludó:

— Buenas tenga usted.

— Buenas — respondí —. ¿Mahou tiene?

— ¿Clásica o cinco estrellas?

— Clásica. Oiga, es precioso este sitio.

— ¿La primera vez que viene?

— Sí.

— Pues disfrútelo. — Puso un botellín encima de la barra. Sin vaso —. Y no tire basura.

Sonreí; parecía la típica respuesta cliché para el típico diálogo con un turista. Y es lo que era. El camarero hablaba con un deje gaditano, de esos tan cerrados que te hacen reír aunque el que se dirija a ti te esté diciendo la mayor de las barbaridades. Siempre me gustó ese acento.

No había demasiada gente. Las miradas confluían en un televisor de plasma donde alguien con los colores del Betis hacía honor a su fama. Nunca he sabido mucho sobre fútbol, más allá del viejo chiste: Si tanto dinero tienen esos equipos, ¿por qué

hacen que veintidós tíos se peleen por la misma pelota? ¿Acaso no pueden comprarle una a cada uno?

—¿Cómo puedo llegar desde aquí a Villa Rosa? —dejé caer, así como de soslayo. No esperaba ninguna reacción en particular.

Pero la hubo. El camarero cambió su expresión de júbilo por el gol de Joaquín, sustituyéndola por otra de consideración más reflexiva. Algunos ojos se apartaron de la televisión.

—Se ha pasado dos salidas. Tiene que retroceder y torcer a la izquierda, pendiente arriba, al llegar al cruce. El primer camino forestal que encuentre, no sé si a la derecha o a la izquierda, ese es.

—Muchas gracias. He alquilado la mansión por una temporada. ¿Sabe si el dueño la tiene en buen estado?

—¿La ha alquilado sin verla? —Frunció el ceño. Sus dedos buscaban ociosos su gesto acomodaticio preferido, el fregado de vasos.

—Bueno..., en realidad este viaje es para eso. Quiero verla, y si me gusta, me quedará. Pero por las fotos que me mandó, creo que va a causarme buena impresión.

—Viene poca gente preguntando por esa casa —gruñó el camarero. No se me pasó por alto que estaba lavando los vasos con agua pero sin jabón, como si fuera un bien precioso que no hubiera que malgastar—. Don Fermín la alquila de vez en cuando, sobre todo en los meses fríos, pero la gente que se queda no suele hablar bien de ella.

Vaya. Estaba obteniendo un juicio de valor directo de un lugareño. Aquello prometía.

—¿Y eso por qué?

—No sé. Dicen que hay algo raro en esa villa.

—Embrujo —dijo alguien a mi espalda, pero cuando me volví para identificarle, no pude. Me sorprendió ver que los clientes del bar se habían sumado en silencio a nuestra conversación, mirándome desde sus mesas.

—¿Embrujo? ¿Es una casa encantada o qué?

El camarero soltó una carcajada.

—No, hombre, no. No se asuste, que no tiene nada que ver con eso. Es que a la gente de ciudad, acostumbrada a los sitios

lentos de comodidades..., esa casa puede llegar a descolocarles. Mucha gente dice que quedarse a dormir allí es como retroceder al siglo diecinueve. Yo creo que les deja mal cuerpo.

— ¿No tiene agua corriente? — me preocupé. Eso era lo único por lo que no estaba dispuesto a pasar. Todo lo demás me daba igual, como si tenía que iluminarme con candiles. Bueno, una toma de corriente en una pared, como mínimo, me vendría bien para enchufar el portátil.

*Dios, qué aburguesado parezco*, me dije. Y me toqué las chichas. Había engordado nueve kilos desde que Consuelo me dijo que quería divorciarse. *Más que aburguesado, hamburguesado*.

— Claro que tiene agua, si es que don Fermín se ha acordado de pagar el recibo. Y también luz. Pero lo raro es... otra cosa. No sé explicarme, carajo.

— Es la sensación — dijo otra voz a mi espalda. Esta vez me giré lo suficientemente rápido como para identificarla. Pertenecía a una mujer obesa de unos cincuenta años. Ecos de un pasado rizado ondulaban el cabello que le quedaba, concentrado en unas patillas que se cortaban bruscamente al sobrepasar sus orejas.

— ¿A qué se refiere?

— Los turistas vienen aquí en busca de algo de calma, para escapar de la rutina de la ciudad. Pero lo aguantan solo hasta cierto punto — explicó con voz de abuela —. Mucho hablar de la magia del campo y de la soledad, pero no les quites sus móviles porque se ponen histéricos. Villa Rosa tiene esa virtud, la de aislarte.

— O sea, me está diciendo que allá arriba no hay cobertura. Pues casi que lo prefiero, la verdad.

— Tendrá cobertura — dijo el camarero —, no es eso a lo que se refiere la señora. Es más bien... — Dudó. Yo tenía esa sensación desagradable de cuando notas que alguien quiere darte una mala noticia pero no sabe cómo —. En fin, ya se dará cuenta. Suele ocurrir cuando llevan un par de noches durmiendo arriba. Ya lo notará.

— ¿Qué es lo que notará? No me lo estaréis asustando al pobre, ¿no?



Quien había dicho eso era un hombre que acababa de entrar. Por su aspecto (y el parecido físico con la foto que me mandó Roberto) era el dueño de Villa Rosa, don Fermín.

Me levanté para estrechar su mano. Era un hombre de sesenta años con el labio combado por la derecha, como si le guardara un sitio perenne a un cigarrillo, un bigote de morsa y una boina marrón en la cabeza. Parecía del tipo de gente incapaz de contener una inagotable energía interior, por lo que siempre estaba en movimiento, incluso cuando estaba inmóvil. Un negociante nato.

—¡Lorenzo, ¿verdad?! —La emoción le hizo gritar—. ¡Encantado de conocerle, soy un gran admirador suyo!

Me abstuve de hacerle la pregunta típica: “Ah, ¿ha leído alguno de mis libros?”. A lo que él contestaría, ruborizado: “Eh... no, pero una vez le vi por la tele”. No lo hice para no dejarlo en evidencia.

Los lugareños intercambiaron unos saludos amistosos; se notaba que el bueno de Fermín era apreciado en aquella comunidad. Luego me acompañó fuera, al aparcamiento. Conducía un Kia Soul EV. Estaba aparcado al lado de mi escarabajito, y tenía dentro un enorme perro, un dóberman negro como la noche, en contraposición a mi pequeño y atigrado Lord Sidious.

—Ha venido para ver la casa, ¿no? Espero que no le hayan asustado esos cretinos con sus supersticiones —dijo cuando ya no podían oírle. Se había echado hacia atrás la boina, como si fuera un sombrero vaquero, para revelar más de su noble frente—. Se divierten contando historias de brujas a los turistas.

—No creo en esas cosas. Pero sí, la verdad es que ha sido gracioso.

—Me alegro. Hay personas que han oído chismes sobre la casa y vienen aquí en plan periodistas de *Cuarto milenio*, ¿sabe? Supercherías de la gente. A otros los mandó Dios en persona para que sintieran la mística del lugar.

—A mí Dios lo único que me dijo fue que me comprara una hamburguesa con doble de queso al salir de Madrid, y que no me olvidara de la comida del gato.

— ¡Estupendo! Sígame, le enseñaré la villa y luego acordamos un precio, ¿de acuerdo?

Lo estuve. Le seguí carretera arriba (Benamahoma era un pueblo edificado en cuesta, en la ladera de la montaña, y todo en él se caracterizaba por su diagonalidad), hasta que llegamos a la pista forestal. Confieso que temía que mi escarabajo no pudiera con semejante desafío, pues no dejaba de ser un coche de ciudad..., pero la pista no estaba tan mal, después de todo, y la vieja ingeniería alemana hizo su magia.

Unos muros cubiertos de brezo iban encajonando la carretera a medida que esta ganaba altura, y zigzagueaba entre malecones de hierba alta y zarzas cuya frondosidad alcanzaba una exuberancia poco habitual en regiones habitadas. Había una sensación constante en el aire de estar siendo observado por figuras nudosas, que no debían de ser otra cosa sino árboles, a los cuales el cielo silueteaba con excepcional nitidez remarcando cada espina, cada rama, cada hoja con forma de cuchillo. Al avanzar por el camino me pregunté si no estaría siguiendo la senda de regresión tan común a los lugares apartados, que en última instancia me llevaría a mí, un hombre ilustrado, a tratar con lugareños que todavía hablaban un lenguaje arcaico y rezaban a iconos que habrían puesto muy nervioso al cura del pueblo.

Aún me acuerdo del momento exacto en que vi aparecer la mansión entre la foresta.

Hay gente que tiene la costumbre de mirar esas manchas tan típicas en el mármol del baño y ver caras. También las ven en las formaciones rocosas que aparecen en las fotografías de Marte, o en los planos cenitales de los huracanes, o en la huella que deja la canela en la espuma del café..., cosas así. Gente que ve caras en todas partes porque su cerebro es muy hábil para asociar ciertos patrones, los mismos que usamos para reconocer a nuestros conocidos aunque se afeiten o se tiñan el pelo. Es un fenómeno psicológico. Yo nunca he sido de esos que ven caras en los objetos inanimados, pero debo reconocer que cuando miré la fachada de Villa Rosa, lo primero que creí ver fue un rostro humano. Un par de ojos situados arriba, a

la altura de un ático sin frente ni cejas, pero sí con un par de ventanales curvos. Una nariz que se dividía en dos columnas en un frontispicio del que se derramaba un precioso porche, todo teca y madera de abeto. Y un bigote hecho de escalones que conducían a ese porche, a una boca que parecía estar rodeada por la barba, como esas perillas en aureola tan típicas de la secta amish.

La casa era bastante grande, tanto que no comprendí en aquel momento por qué no salía en la foto del Google Earth. Cómo semejante engendro había escapado al perspicaz ojo del satélite. Vista desde arriba tenía que parecer un cortijo metido en un bosque, en lugar de en la típica planicie andaluza, con forma rectangular y varias alas adosadas a un mismo cuerpo central.

Y las chimeneas. Por Dios, qué cantidad de chimeneas. Era como si cada cuarto de cada pasillo de cada piso tuviera una salida para humos, y todas confluyeran caóticamente en el perfil de los tejados. Más como una fila de dientes cariados que como un conjunto arquitectónico elegante.

Había perros alrededor de la casa, muchos. Empezaron a ladrar en cuanto don Fermín y yo aparcamos. Decidí no sacar a Lord Sidious de la gatera, por su propio bien.

Aparqué el escarabajo junto al Kia y me bajé. Fermín apaciguó a los chuchos con un gesto, como si fuera el líder de la manada.

—Vaya, creo que empiezo a entender el porqué de las habladurías —resoplé, intentando abarcar la fachada de un vistazo. Aquel inquietante rostro había desaparecido, pero estaba seguro de que seguía allí, en alguna parte..., y que solo estaba esperando a que me distrajera para aparecer por el rabillo del ojo—. La verdad es que tiene una pinta algo siniestra.

—Hay que admitir que un poco sí. Si tuviera más dinero (y este comentario debería convencerle de que no todo lo que digo es para intentar venderle la moto), yo mismo pintaría la fachada y arreglaría algunos desperfectos. —Se encendió un cigarrillo a la manera de los detectives de las películas, con un ademán que le dio un aspecto curiosamente perverso—. Pero

para eso necesito muchos más clientes. El interior no está tan desastrado, ya lo verá.

— ¿A qué vienen todas esas habladurías sobre la casa? ¿Es el típico inmueble con una historia macabra a cuestas?

— No — dijo Fermín, y le noté una sinceridad relativa en la voz. La de quien acude a su confesor con una lista preparada de pecados leves que no le importa que Dios sepa, pero que se guarda los importantes bajo llave—. Que yo sepa, aquí no se ha cometido ningún asesinato. Ni violaciones ni maltrato de menores, ni ninguna barbaridad de esas. Tampoco hay cadáveres emparedados en el sótano.

— ¿Entonces?

— Quién sabe. Supongo que hay lugares que, como decían en aquel programa de la tele, sencillamente dan yuyu. Llevo diez años alquilando esta casa durante los inviernos, cuando no puedo vivir en ella, y es cierto que no todos los inquilinos han aguantado hasta el último mes. Algunos me han telefoneado queriendo rescindir el contrato. Echan de menos el ajetreo de la ciudad. Aquí — miró de reojo al bosque — la sensación de aislamiento es muy grande. Sobre todo cuando sopla el viento. El viento le confiere a todo un aire siniestro, ¿no cree, señor Carvajal?

— Sí, lo creo.

— ¿Carvajal con “b” o con “v”?

— Con “v”.

— ¿No se suele escribir con “b”?

— Ni idea. El mío es con “v”.

Sabiendo que los perros estaban a raya, di un paseo para observar los laterales de la casa. Había una o dos ventanas con el cristal astillado, lo cual no suponía ningún récord teniendo en cuenta el número total. Pero era un síntoma de la dejadez en que había caído el inmueble. Vi apliques de luz exteriores con nidos de pájaros encima y cañerías que trepaban como tentáculos por las esquinas.

Si yo fuera un reportero de esos de *Casa cien*, suspendería a la mansión no solo por exceso de mal rollo, sino también por no ocultar su aspecto de haber cobijado fiestones en el porche

con docenas de adolescentes. Adolescentes que quizá hubieran roto algún que otro cristal buscando un dormitorio donde hacerse arrumacos.

Eso era muy típico de las casas solariegas que pasaban largo tiempo abandonadas. El rumor de que estaban ahí y de que estaban *disponibles* (jaurías de perros aparte) corría por las autotopistas de información como el último vídeo idiota de moda. Enseguida se organizaban quedadas con mucho botellón y mucho preservativo. Seguro que si yo fuera un asesino psicópata, de esos que solo matan a los chicos cuando tienen comportamientos promiscuos, me apuntaría a las listas de correo para venir a la fiesta y sorprender a las parejitas en los dormitorios. De hecho..., ¿no parecía sangre seca ese manchurrón rojo del borde de la ventana? ¿No era el típico detalle que induciría a los paisanos a contar historias?

*Coño, tío, para ya, me regañé. No llevas ni diez minutos y ya le has buscado a la casa un pasado con fiestones, juergas sexuales y asesinatos en serie. Cómo se nota que has venido a escribir.*

—Por el momento me gusta —sentenció—. ¿Vemos el interior?

Don Fermín me hizo de Virgilio durante el paseo por la planta baja. La casa tenía dos pisos, más un ático y un sótano al que me recomendó no bajar, porque llevaba sin arreglar desde los tiempos de su bisabuelo y era un peligro. Le prometí no bajar al sótano, ni subir al ático (otro lugar que estaba prohibido por el contrato de arrendamiento), pero lo hice solo con medio cerebro, porque la otra mitad estaba ocupada alucinando.

La casa era una auténtica mansión señorial, vista por dentro. Como esas que se alquilaban en Madrid como platós de cine, pero con un aire menos limpio, menos... arquetípico. Todo allí era más que viejo: los plafones de las lámparas, las piezas del inodoro, el alicatado de la cocina, la decoración de las habitaciones, las perspectivas forzadas de los pasillos..., todo. Si cada elemento tenía cien años, la suma seguro que nos llevaría al Pleistoceno.

Pero lo extraño, lo que dejaba en el cuerpo la sensación más inquietante, era que la disposición interna de las habitaciones

no respetaba ninguna lógica. Lo que había al otro lado de la puerta principal no era un recibidor, como cabría esperar, sino un pasillo que doblaba a la derecha sin que nadie se lo esperara; tras culebrear inútilmente unos metros, desembocaba en un espacio que más que un recibidor era un “distribuidor” de puertas. La cocina no estaba en su lugar correcto, aquel en el que sería más útil; tampoco le quedaban cerca ni la despensa ni el comedor. ¿Los baños? Situados en lugares para nada cómodos. Había un patio de luces tan cangrenado por la humedad que parecía la tráquea de un enfermo de tuberculosis. ¿Y para qué hablar de las escaleras? Subían y bajaban (a esos arriba y abajo desaconsejados por el dueño), pero tampoco había lógica inherente en ellas.

Parecía la obra maestra de un arquitecto loco. Y eso, no sé por qué, la hacía subir muchos enteros en el *ranking* de mi cabeza. Cada vez iba encajando más en el prototipo de lugar de retiro para escribir una novela con tintes de *macabrisimo* gótico.

Fermín me explicó:

— Sé que es un poco rara, pero es porque mi bisabuelo era un amante de las excentricidades. Algunos decían que estaba medio... ya sabe. — Hizo girar un dedo en círculos junto a su sien—. Yo creo que simplemente estaba harto de las normas sociales de su época. Tenía dinero pero odiaba a la burguesía, y las normas impuestas por el Estado. Hacer de su vida un caos era su forma de protestar. Supongo que la capacidad de perturbación que tiene la casa radica en que no la puedes comprender. No es... ¿Cómo dicen hoy en día los chavales, cuando hablan de programas de ordenador? No es “intuitiva”.

— Me la quedo — dije con rotundidad.

Don Fermín desplegó su sonrisa de payaso.

— ¡Fantástico! Eh..., solo hay una norma que debe respetar cada día que pase aquí. Y me temo que no es negociable. Si quiere quedarse, tiene que jurarme que observará esa norma por encima de cualquier otra. No valen excusas.

— ¿Cuál? — Fruncí el ceño. Ya había sido testigo de las excentricidades de la casa. Empezaba a preguntarme cuánto tardarían en aparecer las del dueño.

—La otra familia llegará más o menos en la misma fecha que usted. Compartirán la casa, por eso le saldrá tan barato el alquiler.

Di un respingo.

—¿Otra familia? ¿Es que ha alquilado la casa dos veces?

—Algo así. —La cabeza de un perro asomó por una de las ventanas, asustándome. En lugar de ladridos emitía toses ahogadas, y su lengua era un pendón reseco que colgaba por un lado de la boca—. Mire, señor Carvajal con “v”, usted me cae bien. Dicen que es un novelista famoso, y me atrae ese tipo de gente. La gente del arte.

—Bueno, tanto como famoso...

—Lo que quiero decir es que sí, que será un alquiler compartido. Pero le aseguro que no notará la menor molestia por parte de la otra familia. De hecho, ellos solo usarán la casa para pernoctar. Llegarán alrededor de las once de la noche y se marcharán cada mañana muy temprano, antes de las cinco. Ni siquiera notará que están ahí. No le interrumpirán en sus... eh... ciclos creativos, o de concentración, o como diantre lo llamen ustedes. Pero hay una cosa que debe prometerme.

—¿Cuál? —Mi mirada de incredulidad seguía aumentando.

Los ojos de don Fermín intentaban ser afables, pero su voz había cambiado de tono. Ahora era fría como el cañón de un arma.

—No debe cruzarse con la otra familia *jamás*. —Logró pronunciar esa palabra como si fuera algo especial, con un matiz exótico y a la vez amenazador. Como una palabra sacada del Agón di-Gatuan, la “Antigua Lengua” de la que hablaba Machen en sus relatos—. ¿Me ha entendido? Son muy celosos de su intimidad, y me han prometido sufragar el ochenta por ciento del alquiler para que usted no tenga que pagar casi nada, a cambio de esa privacidad.

—Pe... pero... si vamos a compartir espacio, será inevitable que nos acabemos cruzando, ¿no?

—No necesariamente. Cada noche, diez minutos antes de que suenen las once en el reloj del salón, deberá encerrarse en su habitación y no salir hasta que amanezca. Tiene un montón

de dormitorios donde escoger, muchos de ellos con baño propio, por lo que no necesitará salir al pasillo ni para orinar. Hágame caso, por favor. —Sus ojos se estrecharon—. Si quiere quedarse aquí, es lo único que le pido. No importa lo que oiga por las noches o lo que crea que los otros estén haciendo fuera de su habitación. Ignórelos. Al día siguiente verá que no han tocado ninguna de sus cosas, y que todo está exactamente como usted lo dejó.

Lo miré largamente, sin parpadear. Una persona normal habría tenido dos opciones en ese momento: o bien echarse a reír, interpretando que todo aquello no era más que una elaborada broma, o pensar que aquel tipo estaba chalado y salir corriendo antes de que ordenara a sus perros que le atacasen. Pero había una tercera opción, una que mi mano palpó sin querer al esconderse en mi bolsillo.

Allí dentro estaba mi tubo de pastillas, la olanzapina.

Para alguien con un historial de esquizofrenia, como yo (aunque ni de lejos tan avanzada como la de otros esquizofrénicos famosos, como el matemático aquel de la película), oír una historia semejante equivalía a replantearse la realidad. A hacerse una serie de preguntas automáticas que solo los enfermos podemos entender, como: a) ¿qué garantías tengo de que esto que me está pasando es cierto, y no un invento de mi mente?, y b) en caso de que sea cierto, ¿por qué la realidad se está alejando tanto, y tan de repente, de su propia definición?

Fermín me tocó el hombro, atestiguando con esa presión que era real, no uno de esos personajes ilusorios creados por mi enfermedad que tanto me habían ayudado en mi carrera.

—¿Está de broma? —le pregunté, rogando porque una cargada suya rompiera el hechizo.

No lo hizo.

—Hablo totalmente en serio. —Asintió con la cabeza, muy, muy despacio. Luego me acompañó fuera, donde estaban aparcados los coches—. Entiendo lo raro que es esto, pero piense en las ventajas: una mansión enorme y señorial con usted como único inquilino, al menos durante el día. De noche, la certeza



de que habrá otra gente entrando y saliendo, pero que no le causará el menor problema. Son buenas personas, créame.

Iba a dejarle caer una réplica sagaz cuando otro ruido me sobresaltó aun más que el perro de la ventana. Mi móvil. Estaba sonando con el tono del “apuñalamiento en la bañera” de *Psicosis*. Solo había una persona, en mi larga lista de contactos, a la que le había endosado ese tono.

Mi exmujer.

—Eh..., tengo que contestar — me disculpé. Fermín se retiró amablemente a hacer sus propias llamadas para concederme la privacidad que necesitaba. Apreté el botón de descolgar —. ¿Sí?

—¿Lorenzo? —Su voz llegaba cargada de estática, como si antes de llegar hasta mí tuviera que atravesar una tormenta —. ¿Dónde estás?

Reprimí el impulso de contarle con pelos y señales lo que estaba haciendo, como hacía cuando éramos pareja. Ese tipo de cosas ya no eran de su incumbencia.

—Donde sea. ¿Qué quieres?

—¿Has revisado tu correo últimamente? Tu abogado me ha llamado para solicitarme un papel relativo a tu salud mental. Es información reservada, pero insiste en que lo necesita de cara al juicio.

Apreté los dientes.

—Pues dáselo. Dale todo lo que te pida, aunque sea confidencial.

—De eso nada, guapo. Ven mañana a mi consulta y te lo llevas tú. Pero me tienes que firmar un recibo. Que luego no puedan acusarme de violar el acuerdo de confidencialidad médico-paciente, ni aunque sea un juez el que me lo esté pidiendo.

El dóberman de Fermín estalló en una sarta de fuertes ladridos que sonaron a maldiciones perrunas. De mi izquierda, desde algún lugar del bosque, llegó una réplica más siseante. Más virulenta. Pero desapareció antes de que mi mente lograra identificarla. ¿Qué clase de animal había respondido?

—Está bien —accedí—, mañana me paso por tu consulta. Tenlo preparado, porque será entrar y salir.

Colgué. Solo ella, de todas las personas del mundo, podía sacarme de mis casillas usando una conversación absolutamente trivial.

— ¿Todo bien? — preguntó Fermín.

— Eh..., sí. Definitivamente me quedo con la casa, señor Perón. Necesito un lugar donde retirarme, a ver si acabo de una santa vez ese libro. Y este me gusta. Como escenario tiene el grado de misterio perfecto.

— ¡Magnífico! Dentro de unos días tendré listo el papeleo y le entregaré las llaves. Podrá mudarse dentro de una semana si quiere.

Le estreché la mano y cada cual montamos en nuestro coche. Él puso algo en la radio que sonaba a Navajita Plateá y se fue silbando de contento. Yo hice el viaje de Jack Torrance pero a la inversa, de vuelta a la ciudad, refunfuñando todo el rato.

Maldita sea. Esto me pasaba por casarme con mi psiquiatra.

### 3

La tarde estaba repleta de aromas. Llevaba semanas encerrada. Atrapada por aquellos muros de cemento. Y el cemento no le gustaba. Como no le gustaban el ladrillo ni el asfalto. A ella le gustaban aquellos olores fuertes, los olores del bosque, que traían capas y capas de información, todas distintas, ya fuera invierno o verano. Aunque prefería la primavera. De eso se había percatado con fuerza en este último y corto año. La primavera, con su descaro, sus fuegos en forma de colores brotando entre los pétalos de las flores. Y esa algarabía de aromas animales, de esos que se atrevían a correr y copular, y orinar y defecar, marcando territorios, dejando mensajes claros al resto de miembros de su misma especie. El bosque estaba ahora dormido a semejante fiesta. Pero algo quedaba en aquel viento de otoño. Desde luego algo más que entre las estériles paredes que veía a diario. Así que iba a aprovechar aquella escapada.

El corazón le latía con fuerza. Estaba excitada. No tanto como era necesario, pero sabía que acabaría llegando el momento adecuado. Así que siguió corriendo. Tenía la espalda sudada. La tela de la camiseta se le pegaba a la piel y ladraba por desprenderse de ella. Pero de todas formas, de lo primero que se deshizo fue de las zapatillas. Casi ni se percató cuándo, pues de pronto sintió los calcetines pisando la pinocha y el limo que mancharon en seguida la planta de sus pies.

Pero aquello, claro, era poco. Hizo una pausa. Se llevó la mano al pecho para sentir su corazón. El órgano latía con fuerza y podía verlo marcando el compás bajo su seno izquierdo. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, regodeándose en su tripa y en su sexo. Notó cómo las bragas se calentaban con un brote de flujo rebelde.

Cogió aire. El proceso estaba en marcha.

Se quitó los calcetines con cierto esfuerzo, el sudor había apelmazado la lana contra la hojarasca que había aplastado en su marcha. Sus pies desnudos se posaron con cierta gracilidad sobre el suelo del bosque, pero en cuanto aquellos deditos sintieron el tacto de la tierra, se revolviéron con ganas. Era una sensación tan agradable que no pudo contener una sonrisa. Se dejó caer de nuevo contra el árbol que le había servido de apoyo para quitarse los calcetines y se rio, su brazo sobre la barriga. Y disfrutó de la risa, vaya si la disfrutó. Sus ojos se humedecieron y la sonrisa le llenó la cara. Echó para atrás la capucha y su pelo cayó sobre sus hombros cuan largo era. Aquel cabello no era rubio, pero tampoco castaño. Los rayos del sol que tímidamente caían por entre las ramas le rascaban beiges y cobrizos. No era una cabellera habitual. Pero desde luego no parecía artificial. Aquella belleza particular no era producto de tintes. Pero pocas personas que la hubieran visto en aquel momento hubieran podido decir que aquella no era una imagen hermosa. Desde luego, eso era lo último que ella pretendía. Sus mechones aparecían despeinados, revueltos y correosos sobre un rostro con ojeras y piel reseca.

Pero eso no importaba ahora. Ahora solo existía el momento, la tierra húmeda fundiéndose con la planta de sus pies.

Se puso en marcha otra vez. En segundos estaba corriendo de nuevo. En segundos, su corazón latía renovado. Respiraba con fuerza, estaba atenta a todo lo que sonaba a su alrededor. Y sus sentidos se agudizaban cada minuto. Olió el hedor del orín de zorro, su paladar se llenó del sabor amargo de los hongos que cubrían la corteza de los árboles, sus oídos escucharon las zarpas de las alimañas alejándose de su presencia. Aún no había cambiado y ya los depredadores del lugar estaban soltando feromonas cargadas de inquietud, que rebotaban contra las ramas y llenaban el lugar de un sabor acre que ya le resultaba inconfundible.

La sudadera sobra. Fuera con ella. Y la camiseta. Fuera también. El sujetador cayó de su espalda con la pericia de un amante entrenado. El viento cortó entonces su piel, los poros se cerraron y el sudor se enfrió. El vello de sus brazos se puso en alerta, sus pezones se endurecieron hasta el dolor. Pero justo eso era lo que le hacía falta. Volvió a sonreír. Y siguió la marcha henchida, completa.

Todos los nervios de la huída estaban siendo recompensados en aquel momento, toda aquella tensión era ahora lo contrario al estrés. Sus piernas recibieron la alegría con ímpetu renovado. Sus trancos eran cada vez más largos. Tenía los pulmones más llenos que nunca, más limpios que nunca. Su garganta se refrescó con el fino aire de la tarde y los pinos soltaron una carga de humedad sobre su rostro.

Nada podía ser mejor que aquello.

De lejos, alguien podría haberla confundido con un animal salvaje, un corzo, una gacela a la que acababan de liberar. Y así fue. Pero no fue una persona quien se cruzó primero con ella, sino una jabalina, seguida por sus crías. Ambas se quedaron inmóviles en medio de un oportuno claro. El silencio pudo palparse en aquel instante. Ambos mamíferos se miraron, se reconocieron. Los corazones latieron con la intensidad de la incertidumbre. Los ojos de la bestia brillaron un segundo con el miedo de la prole indefensa. Los de la humana reflejaron las heridas que aquellos colmillos podían infligir en su carne.

El gemido lastimero de una de las crías fue el pistoletazo de salida para que la bestia galopara hacia la humana. Ella no

se arrojó, plantó firme los pies desnudos sobre la tierra y estos parecieron, por un segundo, fuertes zarpas felinas, del todo acostumbradas a lo que se les venía encima. Sus manos fueron garras, con las falanges curvas para ofrecer sus uñas. Su cara se paralizó en una expresión violenta y también, por un instante, los colmillos de la humana brillaron largos y finos, incoherentes en aquella cuadrada mandíbula femenina, con una nariz como un hocico y los ojos más grandes que nunca.

La jabalina cayó sobre ella, sus caninos apuntando al vientre desnudo. La joven la agarró por el pelaje del cuello, aquella mata generosa de grasa que le permitió levantarla en vuelo. Las patas de la bestia se clavaron en su piel, dejando surcos rojos y marrones de sangre y barro.

Aquel dolor lacerante fue acicate para lo que vendría a continuación. De su garganta nació un grito que fue subiendo hasta que brotó violento. Las crías gimieron y huyeron, intimidadas. La bestia gruñó, se retorció, clavó sus patas sobre los muslos de su ejecutora. Hasta que soltó el contenido de sus tripas al suelo justo en el momento en el que su cuello era partido por los dedos como garras de la mujer.

El bosque recuperó su silencio habitual, ahora más denso por contraste. Cierta eco malsano de los chillidos de muerte del animal dejó una aureola alrededor de los árboles, flotando hasta las copas, negándose a marchar. Las crías habían huido. El camino en medio de la maleza hedía a sangre y heces, que humeaban rotundas sobre las hojas secas.

La muchacha vio el plasma rojo manchando su piel desnuda. Los ojos de la bestia habían perdido brillo, pero la miraban desde el suelo, acusadores. Sus colmillos parecían querer morder el limo sobre el que yacían con aquella mueca con la que la había obsequiado la Parca. La sangre se enfrió sobre su dermis y sintió la brisa del otoño, que le arrancó un escalofrío. Se miró las manos, las uñas astilladas, bañadas de sudor y pelos.

—Dolores.

Y Dolores se giró al oír su nombre, su pelo revuelto cayendo salvaje sobre su espalda, su rostro paralizado por el horror del acto reciente. Un rayo de sol repentino hizo brillar el vello

rubio de sus brazos, pintados con constelaciones violentas de la sangre. Sus ojos destellaron haciendo un juego simétrico con sus pezones endurecidos, cobre bajo emplastos rojos.

—Dolores, debes volver con nosotros —dijo aquella voz, que calmó a la joven.

La muchacha recuperó cierta compostura, se vio desnuda en medio del bosque y los demonios de la vergüenza se abalanzaron sobre ella. Instintivamente se tapó los senos con los antebrazos. El frío hizo mella y empezó a tiritar.

—Ven con nosotros, niña, ven.